

## Cicatrices de una época

**C**omo corresponde con la dinámica de todos los renacimientos, el mundo retorna lentamente a la mal llamada normalidad, luego de vivir uno de los episodios más tristes de la historia moderna. Este año 2022 marca el comienzo definitivo de la reactivación económica del mundo, con las secuelas y cicatrices que en cada país ha dejado la pandemia, y que con mayor o menor acierto, los gobiernos han tratado de superar; pero también marca el regreso de los problemas y conflictos cotidianos que caracterizan nuestra sociedad y el mundo en que vivimos. Paralelamente, nosotros también regresamos después de un periodo de ralentización de los procesos académicos y de la producción intelectual, que marcaron un periodo que ahora empieza a evaluarse en todos sus aspectos críticos. Porque todos, de alguna manera, hemos sido testigos de profundos cambios en las formas producir, distribuir y consumir el conocimiento y la riqueza en todo el mundo.

Como ya es costumbre en nuestro esquema de trabajo, al llegar a nuestra vigésima edición decidimos invitar a los investigadores de Guatemala para hacer una edición dedicada a este hermoso país centroamericano. Lastimosamente ninguno de los artículos recibidos desde allí ha logrado superar la evaluación de nuestros revisores, y en consecuencia la edición rinde tributo a la cultura y el pueblo guatemalteco, pero no incluye ningún artículo de esa nacionalidad. Salvada esta aclaración, queremos resaltar la presencia, una vez más, de nuestro gran amigo el profesor Edgar Gracia, presidente del Centro Colombiano de Investigaciones Contables CCINCO, quien junto a un selecto grupo de autores de Argentina, Colombia, Méjico, Panamá y Uruguay, conforman la plantilla de nuestra oferta académica. Los artículos, aunque muy diversos en sus enfoques y contenidos, tienen como factor común, los problemas y preocupaciones de nuestra gente y nuestras organizaciones latinoamericanas, con lo que reafirmamos nuestro compromiso de ser y seguir siendo una revista latinoamericana y latinoamericanista.

Temas como la crisis ambiental, los esfuerzos por lograr la sostenibilidad y, mejor aún, la sustentabilidad de las organizaciones; las viejas y nuevas formas de gestionar las organizaciones, las nuevas formas de proyectar los emprendimientos y los negocios, o la forma de tramitar los conflictos internos, hacen parte de esta selección, en la que se ven retratados los más diversos públicos de nuestra región. También el mercadeo aparece como un renglón destacado en esta edición, por cuenta de las necesidades de potenciación que



requieren las economías latinoamericanas para superar la dura crisis que ha impuesto la pandemia Covid19 y que han dejado una huella indeleble en la historia socioeconómica de la región.

### **El enemigo silencioso.**

Además del evidente golpe en materia de vidas humanas perdidas, de los millones de empleos destruidos y de los miles de pequeñas empresas que desaparecieron como consecuencia de la paralización, la inflación, la caída del consumo y la desprotección de muchos gobiernos en pleno auge del neoliberalismo, hay un impacto menos visible que empieza a generar preocupación entre los expertos de la academia y los formuladores de políticas públicas: el desplome de la calidad de la educación. En todos los niveles, desde la escuela primaria hasta la Universidad, la evidencia del regreso a las aulas desnuda la farsa de las cifras en tiempos de pandemia, cuando las altas calificaciones llevaban a pensar que la “virtualidad” se erigía como el nuevo camino para la formación de nuestros niños y jóvenes. Sólo ahora, que podemos evaluar el aprendizaje de manera más directa y libre de los artilugios de la informática educativa, podemos ver que el grado de asimilación de contenidos y sobre todo, la calidad del aprendizaje cayó a niveles insospechados por cuenta de la laxitud que acompañaba las prácticas de enseñanza, estudio y evaluación. Si se atiende a los diagnósticos más críticos, se puede afirmar que la actual degradación de la formación universitaria carcome la academia como un enemigo silencioso que amenaza con devorar el futuro de América Latina.

Algunos analistas, quizás más pesimistas que nosotros, empiezan a hablar de una “generación perdida”, que sólo podrá superarse cuando egresen de la universidad todos los chicos que vivieron “el encierro”, y recibamos nuevos estudiantes, formados en las prácticas regladas por la exigencia y el rigor educativo. Queda por evaluar qué pasará con esta generación de profesionales formados en la penumbra del aislamiento y bajo reglas de excepcionalidad que aún no terminamos de superar. Por lo pronto, seguimos viviendo la extraña experiencia de intentar la formación de nuevos profesionales de las ciencias sociales económicas que carecen de los más elementales fundamentos teóricos, conceptuales y técnicos que se requieren para asumir estudios de mayor complejidad, y su consecuente aplicación en el contexto empresarial. La cadena de culpas y responsabilidades toca ya los cimientos del sistema educativo y transmiten la inusitada sensación de que la pandemia borró todo el trabajo de la educación durante décadas, y nos devolvió a la trastienda premoderna de la educabilidad. Desde el momento en que las pantallas se apoderaron de los chicos, y la avalancha de basura informativa los capturó, el entretenimiento reemplazó a la formación, y la banalidad se elevó a la categoría de forma de vida, condición que ya cobra su factura en esa actitud de total desinterés por el conocimiento y una avidez desvergonzada por la inmediatez y la vacuidad de la información.



Por supuesto, no faltan quienes piensan que, por el contrario, el aislamiento impuesto por la pandemia concentró los esfuerzos de los profesores y los estudiantes para acoger los aspectos más esenciales de los contenidos, y que la actual generación es más “pragmática” a la hora de estudiar y aprender. No puede negarse que la situación de emergencia provocada por la crisis sanitaria mundial movilizó a los científicos y a sus estudiantes para agilizar procesos de investigación, innovación y desarrollo que sacaron a la luz innumerables técnicas, metodologías, aplicaciones y dispositivos, que sólo fueron posibles gracias a la imperiosa necesidad de redoblar esfuerzos para salvar a la Humanidad de un inminente colapso. Sólo la historia dirá si esta alarma tiene sentido, y ojalá no sea demasiado tarde.

### La conexión total

Las dinámicas impuestas por la pandemia también abrieron camino a nuevas profesiones y oficios que habrán de tomar espacio en el escenario de la nueva sociedad. La consolidación del trabajo remoto, el teletrabajo, el trabajo a tiempo parcial, el trabajo por horas y tantas variantes de la empleabilidad, vinieron para quedarse y no como creímos en un principio, que desaparecerían como se relajaran las restricciones impuestas por las políticas de sanidad de los países. Cada vez es más normal que se acepte trabajar por unas cuantas horas o días y que el tiempo libre se aproveche en esparcimiento familiar u otras actividades, con lo cual la situación pinta un panorama de vida más plena, tranquila y equilibrada, al estilo de las sociedades postmodernas escandinavas.

La verdad es que el modelo de deslocalización del trabajo impuesto por las condiciones de la pandemia terminó por transferir responsabilidades, esfuerzos y costos de las empresas a los hogares, disminuyendo el tiempo libre y precarizando el trabajo calificado, con lo cual la gente terminó viviendo en conexión total con las empresas, que ahora están en casa todo el día y en algunos casos, controlan el tiempo y la vida de la gente. Curiosamente, la tradicional producción fabril manufacturera fue la primera que pudo recuperar su modo de operación, gracias al hecho de que la fábrica no pudo mudarse a la casa de los obreros y éstos retornaron prontamente a la vieja normalidad, casi todos con los mismos horarios, responsabilidades y derechos que tenían antes de la crisis sanitaria.

Queda para el muro de la vergüenza, el recuerdo de aquellos días en que algunos mandatarios latinoamericanos, aprendices y remedos de estadistas, tomaron decisiones que terminaron por apagar la vida de miles de personas que sucumbieron a la peste, por cuenta de la precariedad de los sistemas de protección social, convertidos en lucrativos negocios de la salud y la vida. Desestimar la letalidad del virus, como lo hizo el presidente brasileño Jair Bolsonaro, retardar la compra de vacunas y eliminar las restricciones de movilidad, como lo hizo el presidente colombiano Iván Duque, o relajar las medidas de control cuando aún no había condiciones de seguridad, al estilo



de varios gobiernos de la región, no puede considerarse menos que acciones criminales, perpetradas por quienes están obligados a proteger a sus pueblos. Y eso no podía menos que desencadenar la furia social que levantó a todo el continente en contra de algunos gobiernos corruptos, más ocupados en aprovechar la crisis para lucrar a sus socios y enriquecerse con el dolor de los más desfavorecidos, que por atender el mandato constitucional de salvar vidas y devolver la esperanza en la democracia.

## El dolor y la rabia

Nadie puede creer que en medio de la más grave crisis social que recuerde la región, el gobierno brasileño de Jair Bolsonaro hiciera caso omiso a las advertencias de la OMS y todos los organismos internacionales acerca de la peligrosidad del virus, enviando a la muerte a miles de brasileños, que se vieron abandonados a su suerte por el gobierno que prometía devolver a Brasil *-el país más desigual de América-* a la senda de la prosperidad. Nadie puede creer que en tal situación, el gobierno de Iván Duque en Colombia *-el segundo país más desigual del continente-* decidiera castigar a su pueblo con una reforma tributaria que pagarían los pobres para garantizar la conservación de los privilegios de los ricos, mientras los hospitales, desfinanciados y desabastecidos, acumulaban cadáveres sin dolientes en un dantesco espectáculo que sólo pudo superarse cuando empezó la vacunación masiva. Sólo la ignorancia acerca de la forma de gestionar una crisis de tal magnitud, puede excusar las decisiones irresponsables de presidentes y gobiernos como los de Méjico, Ecuador, Perú o Argentina, que sin medir consecuencias, tardaron en tomar el control de la situación y aplicar las medidas que podían menguar los efectos letales de la peste.

La respuesta a tanta crueldad *-impensada, consentida o intencionada, nadie lo sabe-* puede ser la debacle electoral de los partidos que gobiernan en países donde el periodo presidencial coincidió con el final de la pandemia. Por eso, un primer cambio radical en el escenario político ha ocurrido en Chile por cuenta de Gabriel Boric, el joven líder estudiantil que hace tan solo 10 años se alzaba junto con sus compañeros de universidad, contra la mercantilización de la educación pública y la precarización de los servicios sociales en el país austral. Luego de una destacada carrera como parlamentario, en la que dio ejemplo de coherencia política y convicción democrática, la arena electoral se decantó por su nombre para conseguir el ascenso de la coalición de izquierdas de Apruebo Dignidad y Socialismo Democrático al poder ejecutivo. Aunque los efectos de la pandemia en Chile fueron mucho menos cruentos que en otros países, el descontento acumulado por los chilenos tras décadas de desigualdad, derivada del promocionado modelo neoliberal, hizo que el pueblo pusiera en la Moneda al jefe de estado más joven del planeta y con ello, diera una nueva oportunidad a la izquierda democrática latinoamericana.



En Colombia, el estallido social, y sobre todo la brutal represión policiaca que ordenó o toleró el gobierno de Duque, llenó el país de muertos, heridos, desaparecidos y de resentimiento contra uno de los peores gobiernos que ha tenido el país andino. Como resultado casi inimaginable, Colombia tiene hoy, por primera vez en 200 años de vida republicana, un gobierno de izquierda encabezado por un exguerrillero, que lleva 30 años haciendo política desde la oposición al modelo neoliberal que domina una de las democracias más conservadoras de América Latina. El Pacto Histórico, liderado por Gustavo Petro llega a la Casa de Nariño con la intención de revertir el modelo de inequidad, corrupción, violencia e injusticia social que ha controlado el país durante décadas, aunque los analistas más sensatos no auguran que lo tenga fácil, dado el profundo arraigo de las élites de derecha y ultraderecha en el control político de las regiones y del Congreso de la República.

Otro revés de similar talante puede ser la suerte del Partido Liberal de Brasil, luego de que el señor Bolsonaro hiciera tan desastrosa gestión de la pandemia y pretendiera reelegirse. Un eventual regreso de Lula Da Silva y del Partido de los Trabajadores al poder, aún después de la cárcel y la estigmatización, sería más producto del dolor y la rabia, que de la convicción política de los votantes, pues las encuestas prevén un apretado resultado que bien podría mantener a Bolsonaro en la presidencia, o podría llevar a Lula por tercera vez a instalarse en Planalto.

Si bien estos cambios impulsados por la insatisfacción popular frente a la gestión de sus gobiernos en tiempos de la pandemia son los que más llaman la atención a la hora de los análisis, también han ocurrido otros en términos más reposados, como es el caso de Honduras, donde por primera vez una mujer dirige los destinos de este país, uno de los más empobrecidos de la región. Las buenas intenciones de renovación que alientan a la presidenta Xiomara Castro de Zelaya se enfrentan a una fuerte oposición interna y a la debilidad económica del país frente a la ola homogenizante del libre comercio, que captura las posibilidades de soberanía de los países más vulnerables. El caso de Perú es mucho más complejo, por cuanto a las secuelas económicas de la pandemia se suma la alta inestabilidad política del país, que no logra encontrar su camino desde comienzos de siglo. El ascenso del profesor Pedro Castillo al poder parecía abrir una nueva etapa para la vida política de su país, pero a poco instalarse en la Casa de Pizarro ha debido enfrentar una cascada de ataques de la oposición política de la derecha, encabezada por los seguidores del expresidente Fujimori, y de la prensa capitalina, que no parece conectarse muy bien con el ejecutivo. La inusitada rotación de los ministros del gabinete y la evidente inexperiencia del mandatario han abierto una brecha entre la Presidencia y el Congreso, que difícilmente podrá superarse en el corto plazo, y que actúa en contra de los planes de transformación social y económica del profesor Castillo, toda vez que sus iniciativas se diluyen en las pugnas por las cuotas burocráticas y las acusaciones de sus opositores, que se multiplican como crece la incertidumbre por el futuro del país.



La inestabilidad política, ese factor común de la historia latinoamericana, es también el tema que marca la situación de Venezuela y Ecuador. La primera, por la prolongada tensión que enfrenta a los gobiernos de Miraflores y la Casa Blanca por el control del petróleo venezolano y que se traduce en la penosa crisis humanitaria que ha llevado a millones de venezolanos a huir del país buscando mejores oportunidades y condiciones de vida. Para quienes tienen los recursos suficientes, la solución ha sido emigrar legalmente y establecerse en Estados Unidos, Europa y otros países de la región, pero para la inmensa mayoría de venezolanos empobrecidos, la única salida ha sido marchar por las carreteras, caminos, trochas y selvas de sus vecinos buscando una salida a la pobreza y la precariedad. Por la cantidad de migrantes, el éxodo venezolano ha causado también una seria crisis en países como Colombia (2,6 millones), Perú (1,4 millones), Ecuador (500.000), Chile (455.000), Brasil (230.000), Argentina (170.000), Panamá (140.000) y República Dominicana (110.000), entre otros, donde se ha multiplicado el rechazo hacia los migrantes y por supuesto al régimen de Caracas.

Sin embargo, la reciente invasión rusa a Ucrania y las sanciones económicas que han impuesto la Unión Europea y Estados Unidos a Moscú han implicado una reducción sustancial del flujo de petróleo y gas ruso hacia ellos mismos, lo que ha obligado a la Casa Blanca a suspender sus críticas por la violación de derechos humanos y políticos del gobierno del presidente Maduro, y acudir amistosamente a Miraflores en busca de restablecer la venta de crudo venezolano a las potencias del Norte. El embargo estadounidense a los fondos venezolanos supera ya los 20.000 millones de dólares y no se avizora la posibilidad de que el autoproclamado presidente interino Guaidó asuma el poder en Caracas, y que esos dineros lleguen por fin al país para solventar la enorme crisis económica que azota a la nación desde hace ya más de 15 años.

Un pronóstico reservado exige la situación de Ecuador, donde el gobierno centroderechista del presidente Guillermo Lasso enfrenta una creciente ola de impopularidad por cuenta de su incapacidad para controlar la situación del país, que se ha visto invadido por narcotraficantes, bandas criminales y todo tipo de maleantes. Los niveles de inseguridad y violencia en ciudades como Guayaquil se han hecho insoportables y las soluciones de fuerza no han surtido los resultados esperados. La grave crisis de varios sectores (especialmente salud y administración penitenciaria) pasa factura al gobierno, que no logra sacar adelante los cambios que prometió en la campaña presidencial y que refuerzan la oposición de la izquierda, inspirada por el expresidente Correa. Las constantes movilizaciones y disturbios en las calles, y las revueltas en las cárceles ecuatorianas ponen luces de alerta sobre lo que puede ser el futuro inmediato de este país y de la suerte que puede correr su gobierno.

Cualquier análisis sobre la actualidad de Latinoamérica está incompleto si no se hace mención de un cambio en sentido contrario que desata todo tipo de valoraciones. El Salvador, el bello y pequeño país que por muchos años estuvo sometido por cuenta de las temibles maras, el narcotráfico, la corrupción de



los políticos y la ineficiencia de la administración pública, ha encontrado en el joven y carismático presidente Nayib Bukele, la fórmula para devolverle a la población la tranquilidad y una relativa sensación de seguridad. La efectividad de las políticas del presidente no admiten discusión, pues ha ingresado en la cárcel a miles de jóvenes pertenecientes y sospechosos de pertenecer a las temidas bandas criminales que azotaban al país; el respaldo político de la Asamblea Legislativa ha propiciado un ambiente de estabilidad política que no se veía desde hace muchos años, y esto se ha proyectado en un esquema de confianza para la inversión nacional y extranjera, lo que se resume en un sorprendente apoyo popular dentro y fuera de sus fronteras. Lo que sí está en discusión es el precio social del ajuste. La concentración del poder, la militarización del país, la omisión del debido proceso, la permanente violación de los derechos humanos y las exiguas garantías políticas para la oposición, hacen de El Salvador un laboratorio de totalitarismo que puede socavar la frágil democracia del país centroamericano, y lo que es peor, inspirar a otros líderes latinoamericanos, entre los que no escasean los ungidos y señalados por la Providencia para salvar a sus pueblos.

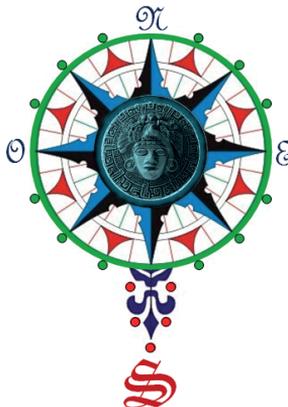
Así pues, mientras corre el tiempo, avanza el invierno aquí en el sur, y se suceden los grandes cambios sociales, políticos y económicos del continente, esta ventana permanece abierta a la discusión y al debate, buscando que nuestros lectores tengan elementos de juicio para formar criterio más allá de la opinión, y enriquecer con ello una forma pensar que permita desentrañar la enorme complejidad que encierra la esencia latinoamericana.

A eso nos comprometimos... y en eso estamos.

Río Cuarto, Córdoba, Argentina, invierno austral de 2022.

HÉCTOR JOSÉ SARMIENTO R.

Editor





*El planeta está vivo. El violento espectáculo de la Naturaleza en todo su furor nos hace pensar que Guatemala tiene un temperamento feroz. De los casi 30 volcanes que existen, ocho tienen registro de actividad a lo largo del tiempo, y cuatro se registran en la actualidad como activos. Por su estructura o tipología, estos volcanes compuestos o estratovolcanes, tienen forma cónica con un cráter central, y están conformados por capas superpuestas de depósitos de lava, arena y cenizas producto de las erupciones. El origen de tantos temblores y la formación de volcanes en Guatemala, es producto de la convergencia de las placas tectónicas de Cocos y del Caribe; la primera, ubicada debajo del Océano Pacífico, en la costa occidental, y la segunda, colindante con la placa norteamericana. Gran cantidad de volcanes se encuentran en la Sierra Madre, también denominada Cordillera Central, que constituye un extenso sistema montañoso orientado en dirección noreste-sureste por la costa del Océano Pacífico.*

**Hernán Arias S.**  
*Politécnico Colombiano.*